

Juan Besada

LA PIEL ENCENDIDA



CUADERNOS DEL LABERINTO
— Anaquel de poesía —

Juan Besada

LA PIEL ENCENDIDA

POEMA

Prólogo:
Elena Orive



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—COLECCIÓN ANAQUEL DE POESÍA, n^o 41—
MADRID • MMXIV

De la obra © JUAN BESADA GESTO

Prólogo © ELENA ORIVE

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de portada: Valentina Photos Shutterstock
Fotografía del autor en solapa: Francisco Zamora López

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Primera edición: Octubre 2014
I.S.B.N: 978-84-942539-8-0
Depósito legal: M-27491-2014

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A Carolina, que viajaba en el
tren Alvia 04155 la tarde del
24 de julio de 2013 cuando
abruptamente se detuvo en la
curva de A Grandeira, justo
antes de entrar en la estación
de Santiago de Compostela, y
a todas las víctimas de aquella
tragedia injusta.*

In memoriam.

A las yemas de los dedos de mis manos a veces les da por pensar en ti, y no me extraña, la verdad, pues yo mismo pienso en ti a menudo; así que encuentro natural que busquen tu geografía y esa línea en el aire que separa la sombra de la luz, y en la que siempre aparecen tus ojos.

Para Ch.U.L.

PRÓLOGO

No soy escritora, y la Literatura me merece un respeto y una admiración tan grandes que temo traicionarla con mis palabras; pero, por alguna extraña razón que se me escapa, el autor de este poema cree que soy la persona idónea para prologarlo. Supongo que el cariño y la amistad que nos une tienen algo que ver.

Juan Besada llegó a mi vida a bordo de un *Tren de sombras*. Él estaba en la cola de un cine, esperando el momento de disfrutar de nuevo de la película de José Luis Guerín. Nuestro encuentro duró sólo unos instantes, los suficientes para darme cuenta de que estaba ante un poeta: sólo alguien así podía hablar con tal entusiasmo de una película que es pura poesía cinematográfica. Yo aún no la había visto, pero en ese momento ocurrió algo que me sucede en cada una de nuestras conversaciones: da igual de lo que hable (ya sea libro, poema, lugar, comida o película), algo que hasta ese momento no existía en mi vida se vuelve imprescindible, casi vital, e, impaciente, voy a su encuentro porque sé que valdrá la pena. Y así fue en este caso (como lo sería siempre, después): cuando, meses más tarde, vi la película me sorprendió comprobar cómo había sido capaz de captar el alma de aquella gran poesía y, sobre todo, cómo le pudo poner las palabras adecuadas.

Decir que Juan Besada es un poeta puede parecer algo obvio, si tenemos en cuenta que este texto precede a un poema. Pero, para él, la poesía no es simplemente una obra literaria, la poesía es también un modo de estar entre las cosas, una actitud vital, la capacidad de sacar la cabeza fuera de este mundo y respirar el aire de otros que, aunque soñados, no dejan de ser reales. Yo me he encontrado con el autor en varios de esos mundos, muchas veces escapando del supuesto «mundo real». Y también con él he ido de viaje, del modo en el que viajan los poetas: sin aviones, o trenes u otros medios de locomoción; unas veces a pie y otras sin ni siquiera movernos del sitio, simplemente conversando u otorgándome el privilegio de leerle. Y gracias a él he descubierto lugares inaccesibles para los demás, incluso lugares que no sabía que existían dentro de mí. Y *La piel encendida* es un viaje más en su compañía.

Asistí de cerca al proceso de creación de esta obra, desde el exterior. Me gustaba cómo iba surgiendo la idea de un poema como entidad, dividido en partes que debían retomar los últimos versos de la anterior; sentía la dificultad que esa estructura añadía a la creación, y cómo el poeta la superaba con trabajo; percibía el mimo con el que buscaba la palabra más adecuada a cada uno de sus versos, consultando incluso el diccionario mientras preparaba una costilla al horno para sus amigos (sí, también hace poesía en la cocina); y me contó como se cruzó con la garza y como ésta decidió quedarse.

Pero la magia vino después, cuando me regaló la posibilidad de viajar a través de esa piel encendida. Allí,

ovillándome y desdevanándome con el deseo, descubrí un mundo pausado, lleno de sensaciones, olores, sonidos, imágenes... Y los sentí como míos. Como lectora, me apropié de cada una de esas palabras escogidas cuidadosamente, que me transportaron a ese claroscuro bajo un árbol, cerca de un río, y que me transformaron en deseo que se ovilla, espera, mira a su alrededor, decide continuar su viaje particular en busca de la fuente y se desdevana para volver a ovillarse poco después y memorizar cada uno de los movimientos, olores y sonidos del cuerpo que recorre. Y, al final, sentí el grato cansancio del viajero que sabe que la próxima vez que emprenda el camino por el mismo cuerpo, ya conocido, será un nuevo descubrimiento.

Me fascina la capacidad del poeta de ponerle no sólo palabras al deseo, sino de convertirse en él, saber cómo piensa y qué precisa. El deseo es el motor de casi todas las historias en Literatura, el motor de nuestras vidas pero nunca nadie, hasta ahora, me había permitido leerlo de este modo, en primera persona. Quizás sólo estaba esperando al interlocutor apropiado para expresarse, y lo encontró, y éste supo escucharlo y entenderlo.

Siéntase afortunado, lector, porque usted también va a poder emprender este viaje tantas veces como quiera (recuerde: cada vez será distinta de la anterior) y podrá adentrarse en ese paisaje dando rienda suelta a cada uno de sus sentidos, lentamente, sin prisa (así viajan los poetas). En este poema se condensa su alma...

ELENA ORIVE

*Cuando me levanté, al lado de la máquina,
había un montón de páginas nuevas.*

Gonzalo Torrente Ballester: «Fragmentos de Apocalipsis»

LA PIEL ENCENDIDA

INTROITO

*Quiero poner una escalera en tu risa
y apoyarla en el tronco del árbol
que hace tiempo
me dejaste trasplantar allí*

*próximo a las colinas
y no lejos del lago en el que descansan
los dedos de mis manos
cuando migran desde el norte
con la intención
de husmear en su ribera
y hurgan entre la vegetación
de las orillas
al encuentro de la fuente
de la que mana el dulce néctar
que se convierte en río*

*una vez haya logrado
instalar esa escalera
si me dejas*

*claro
y la escalera quede
apoyada firmemente
en el árbol del que te vengo hablando
estaré en disposición
quizá
después de haber subido
de resolver el misterio
de si es ese el mismo río
que nace luego en tus ojos*

I

Ovillo mi deseo
lo coloco en tu vientre
justo en ese lunar bajo el ombligo
y comienza la hora de la *desdevana*:
al principio con aparente pereza
pues se desovilla muy despacio el deseo
deslizándose por la piel
rozando apenas los contornos de tanta geografía
entre los árboles de la selva ignota
recorriendo los costados
dibujando la cintura
extendiéndose por el valle que descubre
para iniciar
ya descansado
la ascensión de la primera cumbre rosada
y busca el sendero
y se detiene
y se sienta
y mira
y quiere comerse todos los olores

y es entonces cuando juega el hilo a devanarse
de nuevo
y retrocede
teme no haber reparado lo bastante en algún matiz
del aire
en una vibración concreta del aire
que al tropezar con la piel
iba tejiendo una música
que antes no existía
y acerca el oído
y descansa de nuevo
hay mucho tiempo
para ser feliz

II

Hay mucho tiempo
para ser feliz
y mi deseo lo sabe
y por eso se introdujo
devanándose
en esa vibración del aire
que besaba tu piel
la que trajo la música
y que ahora guarda en su memoria
como un tesoro
deslizándose de nuevo
cabalgando las ansias de cubrir
todos tus poros abiertos

III

Todos tus poros abiertos
quiere cubrir mi deseo
y es por eso que decide
descender desde la cumbre
la primera de las dos
hacia el sendero que ve
dibujarse de hombro a hombro
y se desliza y repara
en un olor que se clava
en medio de la pendiente
toma el olor con las manos
sopla y sigue muy despacio
el aroma que persigue
la senda que llega al valle
y allí descansa de nuevo
ya lleva olores y música
en el aire suena un aria
abre los ojos y escucha
¿la otra cumbre o la clavícula?
el ovillo se pregunta